—¡Mi buen Daniel!—exclamó la viuda estrechándole la mano,—¡qué hermoso corazón y qué mala cabeza!

—Me interesa todo el que sufre, y más una mujer. ¿Son ricas esas damas?

—Creo que son muy pobres.

—En ese caso, cuente usted conmigo para todo: aunque también soy pobre, sé trabajar y ya gano dinero.

XI

El Duque de Aguilar, resucitado por un milagro de la Providencia cuando se hallaba al borde de la tumba, había renacido de cuerpo y de alma. El ateo, el descreído, amaba, y había abierto los ojos á la fe, á la virtud, y á todo lo que hace la vida amable y amada.

Amaba á Cristina del Villar, y ¡cosa extraña! Cristina le amaba también, á pesar de un aumento notable en los defectos físicos del Duque.

Durante su enfermedad había sido éste atacado de una complicación de paralisis, y había quedado en tal mal estado, que sólo le era dado andar con el auxilio de dos muletas, que en su vida podría ya abandonar, según el dictamen de los facultativos.

—Es una naturaleza completamente arruinada —había dicho el médico de cabecera:—el Duque ha gastado toda su vida sin cuidarse de su salud,

devorado por un cerebro enfermizo y calenturiento, pasando los días sin comer, y las noches en terribles insomnios; la falta de fe y de esperanza traía la falta de caridad y el odio al género humano, y nada hay que más agote la vida que los sentimientos amargos.

—¿De modo, doctor—repuso la Condesa, que era á quien se dirigía el anterior diagnóstico,—de modo que lo que le mataba era el aislamiento, la soledad del corazón?

—Precisamente: es una naturaleza enfermiza, como ya he dicho; y al mismo tiempo, los jugos de su organismo moral eran escasos y estaban agotados.

Ante esta declaración formal de la ciencia, la Condesa y Cristina no dejaron un instante de hacer compañía al enfermo, aunque éste se hallase ya convaleciente, y el Duque fué renaciendo á una vida que no conocía, á una vida inteligente, apacible y dichosa.

Nada sabía aquel hombre más que dudar y quejarse del cielo; su corazón ardiente se hallaba en la infancia del sentimiento: vió que, si no amado con pasión, podía ser querido con tierno afecto, y que aún le quedaban los goces del alma y del espíritu.

Encantado con la dulce compañía de Cristina y de su abuela, hubiera cedido todas sus riquezas, toda su opulencia, si á este precio hubiera podido conservarlas á su lado; pero ¡cuán impotentes son

las riquezas para comprar las dichas del alma! ¡Ni un átomo de felicidad nos dan por sí solas!

Había en el Duque una atracción irresistible á causa de su talento y de su luminoso raciocinio. Poco á poco, Cristina, que le amaba como á un amigo, le confió el secreto de su corazón, y el por qué estaba empeñada en no casarse, en no usar el título de su padre; el por qué pensaba en la soledad de un convento.

—He amado á Daniel con todo mi corazón, y no puedo querer á nadie más—le dijo un día;—mi pensamiento constante es el de hacerle cesión del título de Conde del Villar y de todos mis derechos á ese patrimonio tan rico y casi perdido hoy.

—¿Y usted, pobre niña?—preguntó el Duque conmovido.

—Me retiraré á un convento.

—¿Cree usted no poder amar ya á nadie?

—Creo, amigo mío, que yo no puedo amar dos veces, como le ha sucedido á Mistres Gaskell.

Cristina dijo estas palabras dirigiendo una melancólica sonrisa á su dama de compañía, que bordaba cerca del balcón.

—Ahora que ya voy aprendiendo lo que nunca he sabido acerca de los misterios del sentimiento —dijo el Duque,—permítame usted, mi amada Cristina, que le pregunte una cosa: aunque no sea *por pasión*, ¿no cree usted poder amar *por convicción* á otro hombre?

—¡Oh, eso sí!—exclamó Cristina.—Pero un sentimiento de ese género no pasa de ser una amistad.

—¿Y qué es otra cosa que una tierna amistad el amor serio y razonado? La pasión pasa, y sólo queda de ella esa amistad noble y fiel.

—Quizá tenga usted razón, Duque—dijo Cristina;—en asuntos del corazón soy muy inexperta.

—¿No es usted mi amiga?—interrogó el Duque, observando con ansia el bello y simpático rostro de Cristina.

—¡La mejor amiga de usted!—exclamó ésta con ternura.

—¡Diga usted la única!

—¿Y mi abuela?

—Es usted mi única amiga de su edad; eso es lo que quiero decir: yo soy amigo de usted de otro modo que lo soy de la Condesa; y entre la amistad de usted y la que ella me profesa, hay también alguna diferencia.

—¿Cuál?

—Ni yo mismo lo sé decir; estos matices del sentimiento se sienten, pero no se explican: ¿no se halla usted bien á mi lado?

—¡Muy bien!

—¡Y yo al lado de usted soy del todo dichoso! ¡Hay en mi alma para usted un sentimiento de gratitud y de ternura inextinguible! ¡No amaba así á Adriana; era materialista, y ahora renazco, mejor dicho, nazco á la vida del alma, que jamás

había conocido! ¡Hay en mí caudales inmensos de ternura que gastar, porque antes sólo gastaba caudales de cólera! ¡Por eso éstos están agotados, y de aquéllos me quedan grandes riquezas! Cristina, acéptelos usted; ha hecho saltar el agua fecundante de la estéril roca, y hay en mí para usted, para su ilustre abuela y para su noble amiga tanta gratitud, que no sé cómo expresarla.

El Duque dijo estas palabras con la voz llena de lágrimas, y tendiendo una de sus manos á Cristina y la otra á Mistres Gaskell.

—Sí—prosiguió el Duque pasados algunos instantes:—yo era un pobre ciego, que se irritaba con las tinieblas que le envolvían... La vista de la noble abnegación de la Condesa, de su fortaleza, de su piedad cristiana, de su fe inquebrantable en Dios; la contemplación constante de usted, de su juventud triste y solitaria; del luto de su corazón noblemente llevado; de su virtud sencilla y modesta, que nadie celebra, pero que tanto brilla ante mis ojos; el ejemplo de esta otra vida del corazón, que la hace compañía; estas tres vidas puras, inocentes, irreprensibles, y no obstante castigadas por la ruda mano de la desgracia, azotadas con todas las tempestades del dolor, de un dolor sobrellevado con heróica resignación, me han hecho avergonzar de mis cóleras, de mis quejas y de mis impaciencias! Yo, hombre fuerte que podía sufrir, hombre opulento que podía socorrer, hombre de clara inteligencia que podía consolar,

todo lo negaba, todo lo aborrecía; y vosotras, débiles criaturas, todo lo sufrís, todo lo perdonáis, todo lo amáis! ¡Qué vergüenza para mí! ¡Qué gloria para vosotras!

Las dos mujeres, por toda respuesta, estrecharon de nuevo las manos del Duque, que no habían dejado; su modestia estaba asombrada de los méritos que le atribuían; su corazón daba la razón á aquel apasionado razonamiento de un fisiólogo eminente, de un hombre de alma elevada y de inteligencia superior.

Desde aquel día, una mayor intimidad nació entre el Duque y su linda enfermera; ésta se fué adhiriendo sin saberlo á aquella alma viril y tierna á la vez: engañada en todos sus amores, sólo el afecto maternal de la Condesa y la amistad de Mistres Gaskell le hacían amar la vida; en cuanto á su amor por Daniel, y hasta en su amor filial, había sufrido crueles decepciones, y profundamente herida, no había pensado siquiera en exponerse á nuevas penas, aceptando las mil proposiciones de matrimonio que se le habían dirigido.

—No—se decía:—yo quiero *un alma*, y eso parece que es escaso en la tierra; quizá la halle en el cielo.

—¿Viviría usted contenta á mi lado?—le preguntó un día el Duque.

—Sí por cierto,—respondió Cristina con noble franqueza.

El Duque la miró largamente en silencio.

Cristina sostuvo lealmente su mirada el espacio de tiempo necesario para que comprendiese le decía la verdad; después bajó sus grandes párpados, y un débil sonrosado se extendió por sus mejillas.

Se habían comprendido.

Al día siguiente fué cuando el Duque dijo á Cristina en presencia de la Condesa:

—¿Quiere usted casarse conmigo? ¿Quiere usted ser la Duquesa de Aguilar?

La respuesta definitiva quedó aplazada; pero cuando el Duque, al dejar el lecho, hubo de adoptar las muletas, que ya no debía dejar en su vida, alzó los ojos al cielo con desesperación, y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas demacradas.

Cuando llegaron Cristina y su abuela, se estremecieron de la alteración de su semblante.

—¿Qué sucede?—preguntó con ansia la joven.

—Renuncio á todo lo que pedí á usted hace algunos días,—murmuró con desaliento.

—¿A casarse conmigo?

—Sí...

—Y yo reclamo el cumplimiento de lo que ofreció,—exclamó la joven con generosa vehemencia.

—¡Por compasión de mi desgracia!

—Porque le amo á usted, y más cuanto le soy más necesaria en la vida... Yo seré al lado de usted del todo dichosa, porque para mí no hay otra verdadera manifestación del amor que el consagrarme por completo al objeto amado.

—¿Y no se arrepentirá usted, Cristina?

—¡Arrepentirme!—repitió la Condesa.—¿De qué? ¿De ser feliz? ¿No ha oído usted lo que dice?

—¡Es que no puedo creer en tanta dicha, señora!

—Pues crea usted, porque Dios es bueno, amigo mío: todo el dolor que había destinado á su vida, está agotado; ahora le envía la dicha, porque Cristina será para usted la amiga más tierna y más leal, la compañera más inteligente y más dulce.

El Duque alzó al cielo los ojos, y después, sepultando entre ambas manos su semblante, el hombre fuerte, el razonador helado, el ateo convertido en creyente fervoroso, oró y lloró, dando gracias al Dios de amor y de perdón.

El casamiento se celebró en el oratorio del palacio del Duque, y la Condesa, con un amigo del Duque, fueron los padrinos; al llegar al salón, la nueva Duquesa tomó la mano de su abuela y la llevó al hueco de una ventana.

—Madre mía—le dijo presentándole un pliego doblado,—aquí está la cesión que hago de mi título de Condesa del Villar en favor de Daniel: sé que esto te será más grato que si la cesión fuese á favor tuyo; cuando él venga podrá aclarar el estado de sus bienes, y podrá sacar algunos de las garras de ese farsante, hoy único poseedor de ellos.

—¡Ay de mí!—exclamó la pobre madre.—¡Cuándo vendrá Daniel!

—¿Quién sabe si muy pronto? Madre mía, tú que eres la que nos das valor á todos, no desmayes ahora... Ya tu vida de afanes debe tener fin... ¿Siendo yo ahora tan rica?... ¿no admitirás de mi mano ningún auxilio?

—No, hija mía.

—¿Ni aun por Adriana y sus hijos?

—Por ellos, sobre todo, rehuso.

—¡No lo entiendo, madre mía, y tan prolongada resistencia de tu parte me ofende dolorosamente!

—No lo creo, y por lo mismo no espero que intentarás vencerla: lo que hago es estrictamente mi deber.

—¡Deber terrible!

—El deber podrá ser rudo de cumplir; pero cuanto más amargo, es tanto más dulce la satisfacción de haberle cumplido. Adriana necesita el saludable cauterio de la pobreza y del trabajo; así como hemos educado el alma del que es hoy tu marido, así estoy educando el alma debil y extraviada de Adriana, templándola en el crisol del deber y dándola fuerza, porque carecía de ella por completo: que trabaje, que espere y que se resigne.

—¿Pero y esos pobres niños?

—¡Pobres!—repitió la Condesa con una brillante sonrisa de triunfo y de alegría.—¡Pobres mis nietos! ¿Es que quieres convencerme con sofismas, Cristina? ¡Mira que me enfadaré!

Y la Condesa amenazó gozosamente con el dedo á la joven, que bajó confusamente los ojos.

—¡Pobres mis nietos!—repitió la sublime abuela.—¡Dora y Augusta ganan ya con sus lecciones una onza cada mes! ¡Yo, que las he cedido esas lecciones, gano otras dos onzas! ¡Adriana borda, cose, cuida con Francisca de la casa, arregla los trajes de sus hijas, enseña á Clementina todas las labores, y, sobre todo, nos ama ya con ternura! ¡Osvaldo estudia, dibuja; Carlitos canta, ríe, nos alegra á todos! Después de un día consagrado al trabajo, al noble y santo trabajo, ¡qué agradables, qué dulces veladas pasamos reunidos! ¡No, no nos llames pobres, hija mía: yo soy más feliz trabajando por ellos y para ellos, oyéndoles decir que todo me lo deben, consolando y sosteniendo á Adriana, que si tuviera las riquezas todas del universo!

Después de una comida en la que se reunió toda la familia, la abuela, los nietos y la madre de éstos salieron de la suntuosa morada nupcial y se dirigieron á pie á su modestísima habitación de la calle de las Huertas.

Adriana estaba desconocida; no era cólera ó desesperación lo que se leía en su semblante, como cuando estaba bajo la funesta influencia de su madre: era una melancolía resignada; el talento de la abuela había apagado el fuego devorante del rencor y de los celos, que como sierpes desgarraban el seno de la hija mimada y propuesta

por su madre á un esposo indigno; aquel alivio moral había cambiado totalmente la parte física de Adriana; sus ojos, hundidos por el insomnio, abrasados por las lágrimas de la cólera, habían perdido las venas enrojecidas de los párpados, y habían recobrado las largas y sedosas pestañas; su extrema demacración había desaparecido, y los delicados contornos de su talle, antes redondos y encantadores, habían vuelto á adquirir toda su gracia y elegancia; el cabello se había espesado, y estaba deliciosamente cuidado y dispuesto por la mano de aquella suegra maternal, pero más tierna y previsora que una madre; la terrible enfermedad de la boca, que producto de largas amarguras empezaba á desarrollarse en Adriana, había sido contenida y curada por un hábil dentista; la vista de sus ideales gemelas, educadas por su abuela en el amor á lo bello y dedicadas al arte; la vista de aquellas niñas, sus hijas, sus primeras hijas, con los cabellos sueltos en rizos, los ojos y los labios sonrientes, y vestidas siempre con sencillez exquisita; la vista de los dos niños pequeños, risueños y cariñosos; la vista de Osvaldo, serio y gallardo como su padre; el contacto, en fin, de tanta pureza, de tanto cariño, de tanta hermosura, habían labrado el corazón de la madre, como el lapidario talla y pule un rico brillante envuelto aún en la tierra que le cubría.

A la vuelta del palacio ducal, Adriana subía

apoyada graciosamente en el pequeño brazo de Osvaldo; su abuela le había dicho al abrir Francisca la puerta de la calle:

—¡Da el brazo á mamá!

Adriana hablaba alegre y afectuosamente con su hijo, y la Condesa subía detrás, apoyada en el brazo de su favorita Augusta.

—Hay una carta—dijo Francisca;—está sobre la mesa del salón.

Al entrar, Adriana se dirigió ansiosamente hacia la mesa, tomó la carta, miró el sello, y exclamó palideciendo:

—¡De Londres!

—Abrela y lee,—dijo la Condesa.

—Es para usted, madre mía.

—No importa: léela.

Adriana la abrió con mano trémula; decía así:

«Sra. Condesa viuda del Villar.—Londres, Febrero de 187...

»Mi pobre amiga Leocadia se halla en esta ciudad gravísimamente enferma y privada completamente de recursos; yo estoy también sin ellos, y, por tanto, me permito escribir á usted para que noticie lo que ocurre á Adriana con las debidas precauciones, por si desea ó puede ver á su madre.

»Ésta se halla en la calle de la Reina Ana, número 96, y en la misma casa, y á su cuidado, se halla también su atenta S. S. Q. B. S. M.

La Baronesa de la Calzada.»

Dentro venía el billete que ya conocemos dirigido á Adriana.

—¡Dios mío, mi madre se halla en la misma casa donde reside Daniel!—exclamó aquélla atónita.

—¡Singular coincidencia!—murmuró la Condesa.

—¿Qué haré?—interrogó Adriana con angustia.

—¿Y lo preguntas, querida mía? ¡Ir á ver á tu madre, á que te perdone, á perdonarla!

—¡Dejar á mis hijos!

—Te llevarás á Dora; no pienses que te dejaré ir sola.

—¡Pero yo tiemblo de ver á Daniel!

—¿Tienes miedo á tu marido? ¿al sér que más te ha amado sobre la tierra?

—¡Pero ya no me ama! ¿No sabe usted que no contesta á mis cartas?

—¿No recuerdas tú lo que le has ofendido, querida mía? ¡Dos sagrados deberes te llaman á Londres: ver y abrazar á tu madre moribunda; ver á tu marido, á mi hijo! ¡Ve, Adriana mía, ve á cumplir la misión que Dios te encarga... es dura, es costosa, ya lo sé; pero no resistas á su voluntad paternal!

—¿Y por qué no va usted, madre mía? Usted lo conseguiría todo, en tanto que yo...

—Tu deber es ir á cerrar los ojos á tu madre y alcanzar su bendición antes de que muera.

—¿Por qué no viene usted conmigo?

—¿Y tus hijos? ¿Y mis nietos?

—Cristina los cuidará.

—Mi sitio es éste: la abuela es la guardadora del hogar, cuando los padres no cuidan de él como deben. ¡No, hija mía, no: sólo la muerte me hará abandonar mi sitio!

—¿Pero no basta su amor á Daniel para decidir á usted? ¿No ansía ver á su hijo?

—¡Con toda el alma! Pero amo, por lo menos tanto como á mi hijo, á mis nietos; y además, aquél ha sido culpable; éstos son inocentes y yo los adoro.

—Abuelita—dijo Augusta tomando la mano de la Condesa,—¿has escrito tú alguna vez á papá que venga?

—Jamás, hija mía.

—¿Y por qué?

—Porque no debo hacerlo: si viene y me pide perdón se lo concederé al instante, con dicha inmensa, con apresuramiento; pero no haré ninguna otra cosa. La madre tiene su sitio, que no puede ni debe dejar; la esposa, los hijos, tienen otros deberes distintos: yo me quedaré con vosotros. ¡Id, las que tenéis destinada por el cielo la dulce misión de consolar y redimir; id, Adriana, Dora, y traedme á mi hijo, al que es la mitad de mi vida, como vosotros sois la otra mitad! ¡Traedme á Daniel!